LA VIDA RELIGIOSA HOY-2

VOTO DE CASTIDAD

Hermana de los ángeles

victoriosos y puros

la Castidad me hace.

Formar espero un día en sus falanges;

mas debo en el destierro

como lucharon ellos luchar yo.

Luchar continuamente,

sin descanso ni tregua,

por mi Esposo adorado,

el Señor de los señores

.

Porque es la castidad celeste espada <4>

que puede conquistarle corazones.

La castidad será mi arma invencible,

con ella venceré a mis enemigos.

Por ella llego a ser,

¡oh inefable ventura!,

la esposa de Jesús! (Teresita del Niño Jesús).

Felipe Santos, SDB

La castidad en cuestión

Hoy se discute mucho sobre el celibato del clero, y las mismas comunidades cristianas se lo interrogan o cuestionan. En estas circunstancias me parece de mucha importancia ver el sentido del celibato consagrado y de la castidad de la vida religiosa. Mi fin no es pronunciarme acerca del clero casado o no, sino más bien poner de relieve el voto de castidad en sí mismo e intentar comprender su dinamismo.
Incluso si un día hombres casados fueran admitidos al presbiterado, permanecerá siempre esta realidad de los religiosos y de las religiosas para quienes el voto de castidad es un componente intrínseco de su compromiso.
Es posible imaginar un clero casado, pero la vocación de los religiosos y de las religiosas no se podrá definir nunca sin esta referencia a los tres consejos evangélicos que la determinan, y sobre todo el voto de castidad.

En el trabajo anterior de la Obediencia

a Dios, a sí mismo y al mundo, recordaba que santo Tomás de Aquino definía el voto de obediencia como el más importante de los tres y condicionaba a los de pobreza y castidad. Pero esta afirmación necesita que se le considera con variados matices en una época en la que la primacía del individuo y su libertad personal ocupan un lugar muy preponderante en la concepción de nuestras sociedades post-modernas. Aunque menos que en el pasado, la tentación sigue presente en algunos al reducir la vida religiosa o celibato a una simple cuestión de deber, como si un imperativo moral determinara la elección de los o de las que se comprometen.

Muchas vocaciones del pasado vivieron con dificultad esta elección porque estaban influenciadas a menudo por presiones sociales o eclesiales, ya que les insistían en la obligación de responder a esta llamada porque de no hacerlo se ofendía a Dios al decirle que no.

Por otra parte, toda esta noción de

llamada de Dios necesitaría renovarse para las personas que disciernen su vocación. Lo fundamental en el corazón de la llamada a la vida religiosa: una invitación en la que el sujeto de la llamada encuentra su felicidad y no un refugio en el que se pierde.

El« ven y sígueme» de Jesús, cuando invita a sus apóstoles a seguirlo, es sin duda firme y sin vacilación, pero no es una orden perentoria que no deje lugar a la elección libre de la persona interpelada. Los discípulos que respondieron a la invitación de Jesús eran libres de hacerlo, y no debían seguir a Jesús sin una cierta fascinación, sin ser fascinados por el misterio de su persona y su mensaje.

Y ese es el punto de partida clave para comprender bien el voto de castidad. Pues este voto es ciertamente el que une más a la persona en la totalidad de su ser, tanto en su busca de sentido como en sus deseos y sus necesidades más íntimas. Es preciso seriamente preguntarse qué fuerza es capaz de movilizar totalmente a una persona por

toda la vida con un compromiso de celibato y castidad absolutos.

Muchos de los testimonios de compromisos al celibato constituyen una senda que lleva a las personas a darse en nombre de un ideal social y comunitario, en nombre de un altruismo que quiere ponerse al servicio de la humanidad. También se entienden algunas justificaciones del celibato de sacerdotes que hacen valer su más grande disponibilidad para el servicio de la Iglesia.
Ptras personas se han comprometido porque han sido marcadas por testigos, por grandes figuras de la Iglesia. Ven en estos testigos modelos a los que quieren imitar en su vida.

Aunque todos estos motivos sean válidos en sí y puedan representar un papel determinante en la elección de una vocación religiosa, *no pueden constituir el motivo fundamental de una vida totalmente entrega al celibato*. Hay un riesgo: encerrarse en una cierta ideología del compromiso cuando la elección por la vida religiosa no es

también una llamada a todo lo que constituye el dinamismo de una persona, tanto a nivel o plano espiritual como en el plano afectivo. Pues falta una dimensión fundamental a los motivos de compromiso evocados hasta ahora: la dimensión relacional con Cristo, que únicamente puede fundar la vocación religiosa.

¿Qué determina la decisión de los discípulos en seguir a Cristo en los evangelios si no es un encuentro personal con él? *Un encuentro en el que el discípulo se fascina por la persona de Jesús y se siente amado por él*.
Recordemos el encuentro de Jesús con el joven rico: « Y Jesús comenzó a amarlo» . O cuando encuentra a Pedro después de su resurrección en la orilla del lago de Tiberíades y le pregunta: « Pedro, ¿me amas?» . Estamos aquí en el corazón de la experiencia espiritual cristiana, que consiste en una fe viva en el amor de Dios por nosotros, donde el amor llama al amor. Esta experiencia de reciprocidad es un componente fundamental en la elección que hace una persona por la vida religiosa. Un compromiso de por vida sólo puede fundarse en el amor.

Naturalmente, todos los cristianos son llamados a vivir esta experiencia. No es el patrimonio exclusivo de religiosos y religiosas. Pero esta experiencia constituye un mantillo fundamental en la llamada a la vida religiosa, y más particularmente en el voto de castidad. Pues el voto de castidad debe ser fuente de equilibrio y de felicidad para la persona que se compromete. No puede pues descansar sólo en teorías o en un activismo social. Debe permitir al religioso y a la religiosa realizarse, no sólo en lo espiritual, sino también en toda su vida psíquica y afectiva, y así encontrar la felicidad en la vida religiosa. Para ello el Dios de Jesucristo debe ser su todo y movilizar todas sus energías.

El más grande ideal social nunca bastará para dar toda su profundidad a la vida religiosa si el amor de Dios, la experiencia de ser fascinados por él, no están presentes en él o ella que se comprometen. Sólo cuando se siente interpelado por el misterio de un tal amor, es cuando un aspirante a la vida religiosa puede elegir la renuncia al amor de otra persona, y por toda la vida. Hay algo exclusivo en el hecho de amar, y esta dinámica se encuentra tanto en el

voto de castidad como en el compromiso al matrimonio. El religioso o religiosa será casto no porque haya hecho el voto, sino porque el amor verdadero requiere la fidelidad y el compromiso. El que o la que están prendidos o enamorados quieren consagrar toda su vida y toda su persona. Es el desafío de todo matrimonio y el de toda vida religiosa.

Cada uno de estos compromisos en la Iglesia, ya se trate del matrimonio o de la vida religiosa, es una llamada a amar, y el voto de castidad, al igual que el hecho del matrimonio, consagra el amor. Implica la elección de Dios como fin absoluto de su existencia en él que ofrece todas sus fuerzas, todo su ser en el seguimiento de Cristo.

Para comprender bien la pertenencia de la vida religiosa, nos hará falta redescubrir la importancia del aspecto eminentemente personal de la llamada a la vida religiosa. Una llamada que es una invitación libre a dejar todo para seguir a Cristo. Una llamada a darse y a realizarse en el mundo mediante un compromiso de su persona con Cristo y para Cristo.

Esta elección encuentra su verdadera autenticidad cuando se hace en la libertad y en la alegría, cuando se acoge a la vez como un don y como una llamada por parte de Dios. Y en el corazón de esta llamada, el voto de castidad pone de relieve la dimensión íntima y personal del seguimiento de Cristo.

«¿Quién puede vivir sin afectos?» se pregunta san Agustín en su comentario al salmo 76 donde desarrolla su noción de delectación en Dios. Y continua así: « ¿Pensáis, hermanos, que los que temen al Señor, honran a Dios, aman a Dios, no tienen afectos? » (In Ps. 76, 1; PL, 36, 278). «El hombre ebrio se alegra, y ¿ el justo no lo hará?... » (In Ps 57, 22; ibid, 691). Para Agustín, Dios supera infinitamente su creación, y por eso él es en sí mismo la verdadera delectación o deleite: « Hay un deseo en el Señor, que es el verdadero Sábado y el verdadero descanso... », dice Agustín. « ¿Quién puede deleitarse tanto como el que lo ha hecho todo para que nos deleitemos?» (In Ps 32, 2,6; ibid 281). Esta delectación está en el corazón mismo de la vida cristiana y fundamente,

por el mismo hecho, la llamada a la vida religiosa. A lo largo de la historia de la Iglesia, hombre y mujeres han sido fascinados por Dios hasta el punto de dejarse impactar por sí mismos con tal de seguir a Cristo obediente, pobre y casto. Esta aventura espiritual sigue siempre actual.

Entre los tres consejos evangélicos, el voto de castidad es sin duda el que evidencia más esta dimensión del amor en el o la que se compromete en la vida religiosa. Por otra parte, ¿no es entre los tres votos el que suscita más incomprensión por parte de nuestros contemporáneos?
En efecto, el voto de castidad, si está determinado por el voto de obediencia como afirma santo Tomás de Aquino, lo es únicamente en el sentido de que en la obediencia reside ante todo la capacidad de entender la llamada que viene de Dios y responder a ella libremente, con todo el corazón. La verdadera obediencia es amor, ya que es el don total y voluntario de sí mismo en el nombre del Evangelio y por amor a Dios. Y el voto de castidad es el que evidencia mejor la radicalidad de la elección de Cristo como

único compañero de ruta.

En el corazón de la vida religiosa, existe eta realidad sublime que Teresa del Niño Jesús describía con una sencillez encantadora para hablar de su vocación. Ella decía:« un amor me llama» . Todo se dice aquí. Tocamos la esencia misma del voto de castidad y la vida religiosa misma, cuando lo comprendemos sencillamente la vida religiosa como una respuesta al amor de Dios que llama. El voto de castidad tiene sentido sólo en el amor, en el que toda su vida consagrada encuentra su fundamento así como su razón de ser.

Este amor ofrecido a todos y que tiene su razón en la respuesta libre al Amor de Dios de forma exclusiva es el que hace que la consagración sea para anunciar a todos este amor de Dios, amor sublime e insuperable al que la persona se entrega sin duda y hace del amor el cimiento de su existencia, alimentada y fortalecida por Dios.

Castidad, defensa del amor contra el egoísmo

Ser casto es lograr que toda nuestra persona: inteligencia, voluntad, afectos y cuerpo estén dominados por nosotros mismos

Castidad, defensa del amor contra el egoísmo

Hoy en día está devaluada la palabra castidad. Muchos piensan en ella como sinónimo de represión sexual, pero es por simple desconocimiento de su significado y de su inmenso valor en la vida humana.

LA VIRTUD DE LA CASTIDAD

El Papa Juan Pablo II, en su exhortación apostólica "Familiaris Consortio" nos habla acerca de la castidad:

Según la visión cristiana, la castidad no significa absolutamente rechazo ni menosprecio de la sexualidad humana: significa más bien energía espiritual que sabe defender el amor de los peligros del egoísmo y de la agresividad, y sabe promoverlo hacia su realización plena. (FC 33).

¡Qué diferente es el concepto real de la castidad a la idea que generalmente tenemos acerca de ella! *Ser casto es vivir el amor sin egoísmo.*

También, el Catecismo de la Iglesia Católica, nos

dice acerca de la castidad:

La castidad significa la integración lograda de la sexualidad en la persona, y por ello en la unidad interior del hombre en su ser corporal y espiritual.(CIC 2337).

Ser casto o casta, es lograr que toda nuestra persona: inteligencia, voluntad, afectos y cuerpo estén dominados por nosotros mismos, como el director de una banda municipal controla desde el centro de la misma, a todos y cada uno de los instrumentos que han de generar una hermosa melodía. En el caso de la persona humana, hombre o mujer, es integrar su sexualidad, femenina o masculina, ser dueño de sí mismo: conocer su cuerpo, sus sentimientos, sus tendencias sexuales, sus capacidades de pensar, de amar y de decidir, y que es responsable de todo su actuar.

Ser casto NO significa:

1• No sentir atracción hacia otra persona del otro sexo diferente al cónyuge, sino saber hacerlas a un lado voluntariamente.

2• No tener sentimientos hacia otras personas, sino saber dominar dichos sentimientos, y no ser dominado por ellos.

3• No dejarse llevar por emociones o deseos sexuales hacia otra persona que no sea el propio cónyuge, teniendo dominio de sí y procurando evitarlos.
4• No tener malos pensamientos, sino saber quitarlos de nuestra mente y no deleitarse con ellos.
5• El hombre o mujer valiente no es el que no siente miedo, sino el que, al sentirlo, lo vence y no se deja vencer por él.

6• El hombre o la mujer casto no es el que no siente los impulsos de su tendencia sexual, sino el que, al sentirlos, los domina. No se esclaviza a ellos, sino que se hace amo de ellos responsablemente.

Si el hombre y mujer al casarse, han prometido ser fieles, se han comprometido a entregarse totalmente, han de luchar, pues, para ser responsables de las consecuencias de aquella decisión que libremente tomaron el día de su boda.

Ahora bien, la virtud de la castidad no es nada más esa fuerza que guía al espíritu para defender el amor de los peligros del egoísmo y de la agresividad, sino que, además, sabe promoverlo hacia su realización plena.

Sí. La persona casta es promotora del amor a su cónyuge. Buscará libre y voluntariamente todas las oportunidades para acrecentar ese amor; aprovechará todas las circunstancias de su vida para fortalecerlo; cada día querrá que sea mejor.

Y llevar al amor a su realización plena tanto en la entrega personal total a su cónyuge, con miras a alcanzar su fin último: el Amor, Dios.

La virtud de la castidad, por tanto, entraña la integridad de la persona y la totalidad del don.

La integridad de la persona

En la antigüedad las grandes culturas solían esculpir a las estatuas en enormes piedras. Portaban desde gran distancia el bloque que el escultor transformaría en monumento. Estatuas de una sola piedra. Estatuas monolíticas. De la misma manera, las personas debemos de ser monolíticas, de una sola piedra, de un solo querer, de un solo actuar. Esto es lo que llamamos la integridad de la persona. Es decir, mantener las fuerzas de vida y de amor depositadas en cada uno de nosotros. La castidad nos permite conjuntar todo lo que somos en una unidad.

Por tanto, la castidad requiere que aprendamos a dominarnos a nosotros mismos, a tomar las riendas

de nuestro propio cuerpo, de nuestros afectos, de nuestra voluntad. Aprender a dominarnos libremente. Ser amos y señores de nuestra persona.

La alternativa es clara:

• o el hombre controla sus pasiones y obtiene la paz,
• o se deja dominar por ellas y se hace desgraciado.

El hombre se hará libre cuando domine sus pasiones, cuando rompa toda dependencia de ellas.

En la constitución "Gaudium et Spes", del concilio Vaticano II nos dice:

La dignidad del hombre requiere, en efecto, que actúe según una elección consciente y libre, es decir, movido e inducido personalmente desde dentro y no bajo la presión de un ciego impulso interior o de la mera coacción externa. El hombre logra esta dignidad cuando, liberándose de toda esclavitud de las pasiones, persigue su fin en la libre elección del bien y se procura con eficacia y habilidad los medios adecuados (GS 17).

MEDIOS PARA LOGRAR LA CASTIDAD

Por lo tanto, hay que trabajar. Si quieres ser fiel a las promesas de tu bautismo, si quieres ser fiel a tu compromiso matrimonial, si quieres resistir a las tentaciones, hay que poner los medios. Y, ¿cuáles serán los mejores medios?:

1• Primero que todo, conócete a ti mismo. Conoce cómo eres, tus tendencias, tus cualidades, tus defectos. Así sabrás con qué cuentas naturalmente.
2• Acéptate. Sé humilde y reconoce, sin miedo y con objetividad, lo que realmente eres.
3• Supérate. No basta que te conozcas y que te aceptes. Hace falta que tomes el cincel y el martillo y dedicarte con trabajo y esfuerzo a esculpir la hermosa estatua de tu grandeza. Es lo que en la Iglesia se llama ascesis.
4• Procura vivir en tu vida la obediencia a los mandamientos divinos.

5• Esfuérzate por practicar las virtudes morales, como la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza.
6• Y, finalmente, sé fiel a la oración. Estáte cerca de Dios Nuestro Señor. Él será quien te pueda dar las fuerzas para vivir estos medios.

San Agustín nos dice en el libro de sus Confesiones: "La castidad nos recompone; nos devuelve a la unidad que habíamos perdido dispersándonos". (Conf. 10,29; 40)

La castidad es parte de la virtud cardinal de la templanza, que nos ayuda a pensar bien sobre las pasiones y los apetitos de la sensibilidad humana, y a dominarlas, a no dejarnos llevar por ellos.

Dominarse a sí mismo, es una labor que ha de durar toda la vida. Nadie podrá decir nunca que ya se domina totalmente. No. Siempre debe existir el esfuerzo por lograrlo. Hay etapas en la vida que el esfuerzo tiene que ser mayor, especialmente cuando se forma la personalidad, durante la infancia y adolescencia.

La castidad tiene sus leyes de crecimiento, va desde la imperfección, incluso el pecado algunas veces, hasta su vivencia profunda.

El Papa Juan Pablo II nos dice:

Pero el hombre, llamado a vivir responsablemente el designio sabio y amoroso de Dios, es un ser histórico que se construye día a día con sus opciones numerosas y libres; por esto él conoce, ama y realiza el bien moral según las diversas etapas de crecimiento. (FC 34).

La castidad es una virtud moral. Pero, también, es un don de Dios, una gracia, un fruto del trabajo espiritual, como nos dice San Pablo en su carta a los Gálatas:

“En cambio, el fruto del Espíritu es caridad, alegría y paz, paciencia, comprensión de los demás, bondad y fidelidad, mansedumbre y dominio de sí mismo. Ahí no hay condenación ni Ley, pues los que pertenecen a Cristo Jesús tienen crucificada la carne con sus vicios y deseos”. (Gál 5, 22-24).

Es un don de Dios, pues el Espíritu Santo, concede, al que ha sido regenerado por el agua del bautismo, imitar la pureza de Cristo.

La totalidad del don de sí

La caridad es el alma de todas las virtudes, las ilumina todas y les da vida. Así, la castidad, bajo el influjo de la caridad, se convierte en una escuela de donación de la persona. El ser humano al dominarse a sí mismo se regala, se entrega, se dona totalmente a los demás. Piensa en los demás, ama a los demás, puesto que ha roto con la esclavitud del egoísmo. La persona casta es generosa, amable, desprendida de sí misma, piensa en los demás.

La persona casta, por donarse a los demás, se convierte en un auténtico testigo de la fidelidad y de la ternura de Dios. ¡Cómo faltan en nuestro mundo testigos de Dios!

Auténticos testigos que, con su vida, hagan presente a Dios en las calles, en las plazas, en las fiestas, en las fábricas, en las escuelas, en los hospitales,...¡Qué gran influjo en los demás puede tener una persona casta!.

La virtud de la castidad se desarrolla en la amistad. Nos dice cómo seguir e imitar a Jesucristo que nos ha elegido a ser sus amigos. ¡Sí!. Imitar a Él, quien se entregó totalmente por nosotros, porque nos ama, y porque ha querido hacernos participantes de su condición divina. Imitar al amigo fiel, al amigo amoroso, al amigo bondadoso, al amigo íntimo que se ha entregado por nosotros. Vivir la castidad es vivir desde ahora la promesa de inmortalidad.

La amistad con el Señor, ha de expresarse en la amistad con el prójimo. Cuando se desarrolla entre personas del mismo o diferente sexo, es un gran bien para todos.

¡Qué grandeza tiene la castidad! ¡Qué seguridad nos puede dar para alcanzar la vida eterna! ¡Qué satisfacción tan grande nos puede brindar saber que estamos imitando a Jesucristo.

¡TU ESTÁS LLAMADO A VIVIR LA CASTIDAD! ¡TIENES VOCACIÓN A LA CASTIDAD!